

CUATRO AMIGOS Y MEDIO
EN...

El caso del robo de los diamantes

JOACHIM FRIEDRICH



edebé

C O L E C C I Ó N



CUATRO AMIGOS Y MEDIO

El caso del robo de los diamantes

edebé

1

Escena 1: Bailar, cantar y dar volteretas

Justo en el momento en el que dos caniches teñidas de rosa pasaban por delante de mí, bailando sobre dos patas, me dio un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. Percibí un fuerte olor que hubiera reconocido entre cientos, qué digo, entre millones de olores. Desde las profundidades de mi diente partido, surgió un prolongado silbido.

—¡Madeleine! —conseguí decir a duras penas—. ¡Es Madeleine!

—¡Eh, tío, eh! —exclamó Fede, uno de mis cuidadores—. Precioso, ¿por qué silbas de esa manera? No tengas miedo, ¿no ves que estoy contigo?

Yo no tenía miedo, era la excitación lo que hacía que el aire se colase por mi diente mellado. Es por eso por lo que siempre que me pongo nervioso empiezo a silbar. Mi vida como perro callejero me ha costado alguno de mis dientes y también la mitad de una oreja.

—Tal vez le guste esa perrita tan elegante —opinó Estefi con una sonrisa de oreja a oreja—. Mirad, si no le quita el ojo de encima.

Estefi también es una de mis cuidadores, al igual que su hermano mellizo Rabanito y el pesado de Charly. Yo les llamo «mis cuidadores» y no «amitos» o «amitas», como hacen esos malcriados recogepalitos, que es como denominamos nosotros, los perros callejeros, a los perros domésticos.



Pero Estefi tenía razón. Realmente era incapaz de apartar mi vista y mi nariz de Madeleine.

¡Era increíble! ¡Madeleine no había cambiado nada! Después de todo el tiempo que había pasado, seguía tan guapa como el día en que la conocí, cuando la vi salir del castillo para dar un paseo con su amita, la marquesa Edelgard de Edelmuth. Yo me encontraba inspeccionando uno de los contenedores de basura del castillo. Entonces nuestras miradas se cruzaron por primera vez, y yo ya no fui dueño de mí mismo.

Madeleine y yo nos convertimos en pareja. Desde aquel día, ha pasado mucho tiempo, y aun así, no puedo pensar en ella sin que mi corazón se acelere. ¡Su sedoso pelo, sus preciosas orejas! No consigo imaginarme a una chica perruna más bonita que Madeleine.

El tiempo que estuve con ella fue el más bonito de toda mi vida, hasta que me abandonó por otro perro. Desde ese momento, evité incluso acercarme a las inmediaciones del castillo, y nunca más volví a ver a Madeleine. Curiosamente jamás le reproché el que me hubiera dejado. ¿Qué iba a hacer ella, protegida, mimada y cuidada en el gran castillo de la marquesa,



con un perro callejero como yo, que no hacía más que vagabundear?

Pero todo eso ya no tenía ninguna importancia, porque, ahora, ¡había vuelto! Como caída del cielo, había aparecido en el lugar más improbable: en la sala de espera de una agencia de publicidad.

Mis cuidadores habían leído en el periódico que una agencia de publicidad necesitaba un perro para rodar un anuncio publicitario. Yo no sabía ni lo que era una agencia de publicidad, ni lo que podía ser un anuncio publicitario, pero sonaba a trabajo, ¡y eso no le gusta nada a un perro callejero! De modo que yo ya había pensado en cómo librarme de ello. Y de repente, Madeleine había vuelto a mi vida.

Pero ¿por qué me ignoraba? ¿Se habría olvida-

do ya de mi olor, o es que estaba demasiado entretenida con todo lo que estaba pasando a su alrededor?

Al menos diez perros estaban sentados en aquella sala junto a sus cuidadores esperando lo que fuera a llegar. ¡Si tan sólo hubiera sabido de qué se trataba! Los humanos de los demás perros parecían estar mejor informados.

—Un rodaje de publicidad no es nada del otro mundo —dijo una señora de nariz puntiaguda a cuyos pies se encontraba tumbado un galgo—. Pero más de una carrera cinematográfica ha empezado en la pequeña pantalla.



—Cierto —respondió un señor grueso, que estaba sentado al lado de Fede y se dejaba chupar la mano por su dogo—. Incluso Lassie empezó en su día con pequeños papeles.

—¡Lo más importante es una buena formación! —añadió una señora con voz penetrante, mientras su *terrier* se estaba quedando ronco de tanto ladrar—. Yo llevo preparando a Putzi para su carrera desde que era un cachorrito.

—¡Cierra el pico! —le reprendí al bocazas de Putzi.



—¡Yo soy el mejor! ¡Yo soy el mejor! —gritaba Putzi.

—Como no se calle ahora mismo, me lo trago sin miramientos —gruñó el dogo que estaba a mi lado, mientras las dos caniches rosas intentaban dar la vuelta sobre una pierna.

Por supuesto que los humanos no entendían nada de lo que los perros estábamos diciendo, porque para eso sus orejas son demasiado malas y nuestras voces dema-

siado silenciosas. Y eso es bueno.

Nosotros lo llamamos «el gran secreto de los perros».

Ya desde cachorros nuestras madres nos inculcan que los huma-



nos no deben enterarse, bajo ningún concepto, de que los perros somos inteligentes, porque si no, seguramente, nos veríamos forzados a trabajar para comer. Y eso sería completamente innecesario, teniendo en cuenta que los humanos siempre tienen más comida de la que utilizan.

—¿Has oído eso? —le susurró Charly a Fede—, a ése lo llevan entrenando desde que era un cachorrito. Precioso no tiene ninguna oportunidad. ¡Mira que llevo tiempo diciéndolo..., que necesita entrenamiento, pero como a mí nunca nadie me hace caso...!

Desde que conozco a Charly, está intentando enseñarme un montón de majaderías, como olfatear pistas y vigilar humanos. Y es que Charly ha fundado una pandilla de detectives llamada Agencia de Detectives Charly & Company, de la que se cree el jefe. Mis otros cuidadores también forman parte de esa agencia, pero, al igual que yo, no toman demasiado en serio a Charly.

—¡Eh, tío, eh! —exclamó Fede—. Precioso es el más inteligente y...

—Ojalá no tengamos que esperar mucho más

—susurró Estefi—, porque toda esa gente está loca de remate.

Así era. Yo pensé en si debía llamar la atención de Madeleine, pero, al igual que los demás perros, sus amas y sus amos, estaba escuchando atentamente la interpretación de un *pinscher* miniatura de color canela. Éste aullaba una canción que, según su dueño, se titulaba «Desearía ser una gallina». Yo no conocía esa canción, pero tal y como sonaba, estaba impaciente por que el deseo de ese recogepalitos se cumpliera inmediatamente. Para alivio de todos los presentes, el *pinscher* dejó de cantar bruscamente. Dijo que, desgraciadamente, se había olvidado de la letra.

Ése habría sido un buen momento para llamar la atención de Madeleine. Mientras pensaba en cómo atraer su mirada hacia mí, se volvió a abrir la puerta de repente. Un señor gordo, con cara de pan y nariz chata, entró en la sala de espera sobre sus cortas patas. Venía tirando de una correa interminablemente larga, acabada en un *dingo* que casi fue aplastado por la puerta.

El *dingo* se paró en mitad de la sala, exhausto, jadeando y silbando, de tal forma que ni yo hubiera

sido capaz de hacerlo mejor y, entre silbido y silbido, estornudaba con fuerza. Cuando se hubo recuperado un poco, miró con desprecio a su alrededor.

—Aquí no hay competencia —dijo con voz tomada.

—¿Y éste de qué va? —gruñó el dogo a mi lado.

—Ni idea —le contesté—, ¿pero no decías que tenías hambre?

El amo de ese impresentable se sentó precisamente en la silla que había al lado de la marquesa.

—¡Me alegro de verla, marquesa! —le gritó al oído—. Al parecer somos los únicos candidatos serios, ¿verdad?

La marquesa Edelgard de Edelmuth asintió muy digna.



—Ya se verá, querido señor Rùbenacker, ya se verá.

El *dingo* necesitó un rato hasta que pudo volver a moverse. Cuando vi que se dirigía hacia Ma-

deleine y se tumbaba jadeando a su lado, me habría levantado de buena gana de un brinco y le habría arrastrado lejos de ella. Pero yo aún me encontraba petrificado.

—Te saludo, Madeleine —dijo tras un estornudo y una pausa respiratoria—. Aquí sólo hay principiantes. Eso se ve a primera vista. No hay competencia.

Madeleine asintió muy digna a ese estúpido.

—Ya se verá, querido Flopi, ya se verá.

No sé lo que habría hecho si en ese preciso momento no hubiera tenido lugar un pequeño incidente. Un *tekel* casi se estrangula con su propia coorea al intentar dar un salto hacia atrás.

Aquello me sacó de mi estado de petrificación y me brindó la oportunidad de llamar la atención de Madeleine.

—¡Madeleine! —dije en voz baja—. ¡Madeleine! ¿Es que no sabes quién soy?

Por fin me miró, primero con cierto desaire y enfado, luego con cara de interrogante. Pero, de repente, se le abrieron los ojos. ¡Me había reconocido! De buena gana habría gritado de júbilo, aun-

que lo único que fui capaz de pronunciar fue un silbido.

Dubitativa, Madeleine dio un paso hacia mí, y seguidamente, se detuvo. Ahora era mi turno. Reuní todo el valor del que fui capaz y, con las patas temblándome, di un paso al frente. Por un instante, me olvidé por completo de mis cuidadores, aunque, desgraciadamente, ellos no se olvidaron de mí.

—¡Eh, tío, eh! —exclamó Fede—. ¿Te gusta esa perrita tan bonita, eh?

—¡Mira quién habla! Deberías verte la cara cuando te cruzas con la señora Sulte-Stratmann —dijo Rabanito sonriente.

En realidad, se llama Óscar, pero todos sus amigos le llaman Rabanito a secas.

Yo no hice caso a las charlatanerías de mis cuidadores, sino que seguí acercándome a Madeleine, como si algo irresistible tirara de mí. No paré hasta que nuestras narices casi se tocaron. Seguro que mis cuidadores me estaban observando, pero a mí eso me daba igual. Nos podía estar mirando el mundo entero, no me importaba lo más mínimo.

—Hola, Madeleine —dije en voz baja.

—Hola, Orejita —me contestó ella con una fugaz mirada a mi media oreja.

¡Orejita!, así es como ella me llamaba siempre, y sólo ella tenía permiso para hacerlo. Había perdido mi media oreja cuando era muy joven, en una pelea con un recogepalitos mucho más feroz que yo.

—¿Tú también has venido para presentarte al *spot* publicitario? —me preguntó.

Con la cabeza señalé hacia mis cuidadores.

—Ellos lo han querido.

—¿Tus amitos? —preguntó ella.

—Yo les llamo mis cuidadores.

—¡Orejita! ¿Aún sigues siendo el indomable perro callejero? —preguntó Madeleine riendo en voz baja.

¡Adoro esa risa!

—¿Y tú qué? —le respondí—. ¿Aún sigues siendo la perrita faldera y sumisa de la marquesa?

Madeleine me respondió con una mirada de desprecio que hizo que me arrepintiera al instante de mis palabras.

Pero después volvió a reírse.

—Sí. En realidad no me veo en otro sitio que no sea el castillo.

—La verdad es que no imaginaba encontrarme contigo precisamente en este lugar —le dije.

Sorprendida, Madeleine me miró.

—¿Por qué no?

—¡Ese *spot* publicitario no es más que otra de esas chorradas humanas!

—¿Chorradas humanas? —exclamó Madeleine—. ¡Va a salir en la televisión!

Televisión, eso sí sabía lo que era. Es esa caja a la que los humanos miran fijamente durante horas, aunque no vean mucho más de lo que pueden encontrarse al salir a la calle. Pero ¿qué tenía que ver un anuncio publicitario con esa caja? Tal vez Madeleine podía explicármelo.

Miré a mi alrededor para comprobar si los demás perros nos estaban espiando, pero estaban demasiado atentos a los intentos de reanimación de la apurada dueña del *tekel*.

—¿Sabes lo que es un anuncio publicitario?
—le pregunté a Madeleine con cuidado.

Madeleine se quedó mirándome, como si no

podiera creer que yo ignorase tantas cosas sobre el mundo de los humanos.

—Un *spot* publicitario sirve para mostrar a los humanos por qué es importante comprar los productos que se anuncian.

—¿Qué productos? —pregunté.

—Cualquiera. Todo lo que puedan necesitar los humanos.

—¿Comida también?

—Claro.

Eso me gustó. Cuanta más comida comprasen los humanos, más sobraría para nosotros, los perros.

—Y si participo en ese *spot* publicitario, me verán muchos humanos en la televisión —me contó—. Seré famosa, mi foto aparecerá en todos los periódicos y a mi dueña le darán mucho dinero por ello —los ojos de Madeleine brillaron.

Sí. Seguía siendo tan bonita como siempre. Era como si nos hubiéramos visto ayer mismo.

—El dinero no sirve para nada —dije aun así—. No se puede comer.

—¡Pero para los humanos sí es importante!
—contestó Madeleine indignada—. Sobre todo para mi dueña. Ella necesita el dinero, porque de lo contrario no podremos continuar viviendo en el castillo y yo no quiero irme de allí por nada del mundo. ¡Jamás!

Me hubiera gustado preguntarle a Madeleine qué tenía que ver el castillo con el dinero, porque yo tampoco quería que ella se fuera. Pero, por desgracia, Madeleine había subido tanto la voz que el *dingo* se dio cuenta de nuestra presencia. Además, el *tekel* se estaba recuperando de su salto mortal con una insistente tos.

Con las cejas arqueadas, bueno, en la medida en que se puede decir eso de un *dingo*, se acercó hasta nosotros, pero, eso sí, se detuvo a una distancia prudencial.

—¿Madeleine, querida? —dijo y estornudó—. ¿Te está molestando este desarrapado animal?

—No. ¡Pero tú sí nos estás molestando! —exclamé, antes de que Madeleine pudiera contestarle—. ¡Y como no desaparezcas, te dejaré el morro más aplastado de lo que ya lo tienes!

Eso funcionó. Flopi volvió a estornudar y luego se retiró. Pero mi pequeña descarga de rabia tampoco le había gustado demasiado a Madeleine.

—¡Orejita! Sabes perfectamente que no soporito esas malas maneras de chucho callejero.

—Lo siento —dije enseguida—. ¡Pero ese estúpido engreído me pone de los nervios! Además, ¿tú de qué lo conoces?

De repente, la expresión facial de Madeleine cambió. Me hubiera gustado saber qué significaba, pero no me atreví a preguntárselo.

—Se llama Flopi —dijo—. Su dueño y mi dueña se conocen. Son miembros del club más distinguido de la ciudad. Se llama «Mi perro—Mi orgullo». El dueño de Flopi es muy rico, bueno, un nuevo rico —añadió arrugando su nariz. ¡Eso era irresistible!—. Flopi ya ha participado antes en otros *spots* publicitarios —continuó diciendo—. Y se lo tiene muy creído.

—Y que lo digas —asentí yo—. ¿A ti te gustaría mucho participar en ese anuncio, verdad?

—Por cierto, ¿quién está silbando continua-

mente? —preguntó de repente alguien, antes de que Madeleine pudiera contestarme.

Era el dueño del dogo.

Enseguida me di cuenta de que se refería a mí. Debido a la excitación había vuelto a silbar sin darme cuenta.

—Es nuestro perro —contestó Estefi—. Silba a menudo.

—¡Pues que deje de hacerlo! —ladró el dueño del dogo—. ¡Me está volviendo loco!

—¡Eh, tío, eh! —exclamó Fede—. ¡Nuestro Precioso puede silbar tanto como quiera!

Cuando alguien me ofende, no hay quien pare a Fede. Eso es lo que más me gusta de él.

—¿Te llaman Precioso? —preguntó Madeleine.

—Fue inevitable —contesté en voz baja.

Madeleine volvió a arrugar su nariz, pero esta vez lo hizo sonriendo.

—A mí me parece un nombre muy bonito.

Cuando ella volvió con la marquesa, yo ya piba como un pajarito al amanecer.

—¿No te han dicho que dejes de silbar? —protestó el dogo.

—Bah, cierra esa boca —le contesté sin apartar la vista de Madeleine.

—Bonita chica —dijo el dogo babeando—, aunque demasiado pequeña para mí.

Flopi se había vuelto a tumbar junto a Madeleine, pero por suerte la dejó en paz. Medio adormilado, a los pies de su dueño, únicamente se le escuchaba estornudar de vez en cuando. Las caniches



rosas pasaban una y otra vez bailando por delante de Flopi e incluso una de ellas le guiñó un ojo. Debía de ser miope. Yo también me había tumbado junto a mis cuidadores y contemplaba a Madeleine. Podría haber estado mirándola durante horas.

Así fue cómo me olvidé de todo lo que me rodeaba. Hasta que mi cuidador, con muy poca delicadeza, me despertó de mis dulces sueños, y entonces fui consciente de que únicamente quedábamos Madeleine, Flopi y yo en la sala de espera.

—¡Eh, tíos, eh! ¡Ya nos toca! ¡Venga, Precioso, ha llegado la hora de la verdad! ¡Hazlo lo mejor que puedas!

—No temas —contesté—. ¡Vas a flipar en colores!

De camino a la entrada pasamos por delante de Madeleine. La miré fijamente, pero no fui capaz de leer en su rostro si mis sueños se iban a hacer realidad.